

BOLONIA

17 de Abril

De Florencia á Bolonia

No puede imaginarse un país más bello y más fértil. A partir de Pistoia comienza la montaña; de colina en colina, y luego de escarpadura en escarpadura durante dos horas, el carruaje asciende lentamente por un camino en zigzag, y desde la base á la cima todo está cultivado y habitado. A cada recodo del camino vense casas, jardines y pequeñas repisas cubiertas de olivos; campos sostenidos por muros, árboles frutales abrigados en excavaciones, trozos de verdes praderas; por todos lados corren bullidores manantiales. Mujeres arrodilladas lavan sus ropas á la orilla de las fuentes murmuradoras ó en los pequeños canales que distribuyen el riego y la frescura en las pendientes. Tan lejos como alcanza la vista, los valles y las casas ostentan las señales del trabajo y la prosperidad humana. Todo está utilizado; los castaños cubren las pendientes demasiado ásperas y las cuestas demasiado rudas. La montaña es como una enorme terraza de multitud de escalones, cortados expresamente para

los diversos géneros de cultivo. En la misma cima, en vecindad con las nubes, pequeñas gradas de seis pies de longitud proveen de hierba á los ganados. Las señales de esta industria y de este bienestar son tan visibles en los habitantes como en el suelo; los aldeanos tienen zapatos; las mujeres, guardando sus bestias ó caminando, trenzan paja; las casas están en buen estado; los pueblos son numerosos y están provistos de escuelas municipales; en la cima del Apenino hay un café que lleva el nombre de la montaña. Este es verdaderamente el corazón de Italia; por el genio, el poder de la inventiva, la prosperidad, la belleza y la salubridad, Florencia sobrepasa á Roma, y contra la invasión extranjera, esta barrera de montañas sería una defensa.

La otra vertiente forma una segunda parte. El Apenino, con sus contrafuertes, es tan sólido como alto; se descende, y el camino gira entre pequeñas gargantas leñosas, en las que el agua chorrea formando arroyuelos más abajo, verdes siempre bajo su apariencia de madera rojiza, encuadradas en los repliegues severos de las rocas desnudas. La noche está al caer y el camino de hierro se introduce en los desfiladeros de una nueva montaña; paisaje devastado, fantástico, horrible como los del Dante; montañas hendidas, rocas quebradas, largos subterráneos multiplicados, en los cuales, la máquina trepidante se abisma como un torbellino; valles descarnados que no son más que un esqueleto; el torrente corre casi hasta las ruedas de los vagones, y grandes porciones de cantos rodados blanquean súbitamente á la luz de la luna. En ese desierto, en medio de un lecho de guijarros, en el rincón de una garganta sepulcral, se encuentra á veces un árbol

espinoso como un espectro en una cripta, y si el tren se detiene no se escucha en torno más ruido que el gotear del agua helada sobre la piedra desnuda.

Bolonia 17 de Abril

Bolonia es una ciudad toda de arcadas; las hay á cada lado de las calles más principales; es agradable caminar así, en verano á la sombra, en invierno al abrigo de la lluvia.

Casi todas las poblaciones italianas tienen una invención ó una construcción particular, que añade á las comodidades de la vida y que sirve á todo el mundo. No puede comprenderse la gracia verdadera y universal más que en Italia; acaso sea esto porque todo el mundo no se encuentra en las condiciones especiales de este país.

Lo que se destaca en los jóvenes, aquí como en Florencia y en todo el resto de la nación, lo que se observa en su rostro cuando están en el teatro, en paseo, en la calle, es un cierto aire amoroso, una graciosa sonrisa, facciones tiernas y expansivas; nada de seco ni burlón á estilo francés. Dicen las palabras *bella*, *vezzosa*, *vaga*, *leggiadra* con un acento particular, como el de don Ottavio, de Mozart, ó de los primeros galanes de ópera italiana. En el teatro de Florencia, el te-

nor, de rodillas ante Margarita, hacia un contrasentido, pero explicaba perfectamente este estado de alma. Por la misma razón se visten de telas claras, agradables á la vista; llevan sortijas y grandes cadenas de oro; sus cabellos están perfectamente lustrados; hay algo de brillante y florido en toda su persona.

En cuanto á las mujeres, la pupila negra y atrevida, el acentuado color de su pelo, negro también y audazmente retorcido ó distribuido en trenzas lucientes, la forma vigorosamente marcada de la barbilla y de los pómulos, la frente, á menudo cuadrada, el rostro alargado y bien dispuesto, la sólida armadura de la cabeza, les quita toda apariencia de dulzura, de delicadeza, y muchas veces también todo aire de nobleza y virginidad. En compensación, la estructura y la expresión de sus rasgos manifiestan energía, ostentación, alegre osadía, inteligencia firme y clara, talento y voluntad para sacar de la vida el mayor provecho posible.

Cuando se contemplan en los escaparates de los libreros las figuras con que los dibujantes políticos representan á Italia y á sus provincias, se encuentran los rasgos característicos de todas las mujeres italianas; aunque diosas, y diosas alegóricas, sus cabezas son pequeñas, redondas, groseramente risueñas y sensuales. Nada más importante que esas figuras populares y esos tipos aceptados. Ved como contraste la dulce *Inglesa*, de Punch, con largos bucles y vestidos demasiado nuevos; la *Francesa*, de Marcelin, coqueta, vivaracha y extravagante, ó la cándida, honesta, primitiva *Alemana*, un poco boba, del *Kladderodatsch* y de los pequeños diarios de Berlín.

Acabe de recorrer las calles de Bolonia: son

las nueve de la mañana; de cada cuatro mujeres, tres están ya peinadas y rizadas, casi embellecidas; su mirada recta se detiene con seguridad sobre los paseantes; van con la cabeza desnuda; algunas llevan prendido un velo negro que cae sobre sus espaldas; sus cabellos abultan exageradamente en ambos lados de la cabeza; parecen equipadas para hacer conquistas. No puede imaginarse una fisonomía más natural y triunfante, un andar más parecido al de una prima donna sobre nubes. Con ese carácter, ese espíritu y la imaginación de los hombres, ellas deben ser las que dominen sobre ellos.

¿Qué puede hacerse en la mesa de un hospedaje, sino mirar? En ese silencio y en esa comunidad forzosa, los ojos y el espíritu razonador trabajan. La dama que está frente á mí es esposa de un mayor que se encuentra de guarnición en los Abruzzos; bella, aunque madura, graciosa, decidida, segura de sí misma, y ¡con qué expresión para hablar! El Norte y el Sur de Europa, las razas latinas y las razas germánicas están á mil leguas de distancia por esta facilidad de palabra, por esta osadía en el juzgar y el sentir, por esta prontitud de acción. Ella juzga de todo; razona, sobre todo, de la pereza de los aldeanos de los Abruzzos, de sus *vendette*, de las contrariedades del gobierno, de su perro, de su marido, de los oficiales del batallón, de «nuestro buen regimiento, número 27». Me habla, dirige la palabra á su vecino, un eclesiástico que tiene, como los otros, aire italiano (quiero decir, galante), obsequiosamente político. Sus frases se deslizan con la velocidad y la sonoridad de un torrente inatajable.

Anteayer, otra de cuarenta y ocho años, con un *spencer* negro coronado de cintas, con toda su

figura de un tono rojizo, llevaba sola toda la conversación y hacía resonar en la amplia sala su charla y sus sentencias.

El otro día, una burguesita linda y vivaracha se hallaba mal en el interior de la diligencia, y su marido la hizo sentarse á nuestro lado en la imperial. Pues bien; ella nos interrogó á todos, corrigió mis faltas de pronunciación, y cuando dos ó tres veces de seguido daba yo mal acento á una frase ó no la acentuaba tanto como era justo, se impacientaba y me reñía. Nos contó que acababa de casarse, que ella y su marido no tenían ni *un sueldo* para comprar el menaje de casa, etcétera; había tres hombres alrededor suyo, y ella sola les mueve é interroga, llevando la batuta de la conversación.

Conservo impresas en mi espíritu cincuenta figuras que se diferencian poco de esos tres tipos que acabo de bosquejar á la ligera. El rasgo dominante es la vivacidad y la claridad de concepción, que atrevidamente hace explosión en cuanto nace. Todas sus ideas están cortadas en ángulos vivos, movidos; es la francesa más fuerte y menos fina; como la otra, y más que la otra, tiene su voluntad, se hace círculo, no aguarda que otro la dirija, toma ella misma la iniciativa. Nada de dulce, de tímida, de contenida, de púdica, incapaz de enterrarse en su casa con sus hijos y su marido, á la moda germánica. Miró involuntariamente á las inglesas que están más allá. Las hay bien raras, puritanas en el fondo, atiesadas por la moral, especie de muñecas mecánicas, una sobre todo, con su sombrero de paja de color apagado, verdadero *spinster* de hierba, sin *toilette*, sin gracia, sin sonrisa, sin sexo, siempre muda ó cortando palabras como un cuchillo. Pertenece sin duda

á la especie de esas señoritas que se encuentran remontando el Nilo Blanco, solas con su madre, ó que trepan por el Mont Blanc á las cuatro de la mañana, sujetas por una cuerda á dos guías, con los vestidos cerrados como pantalones, zaqueando por la nieve.

En ese país la *selección* artificial ha hecho carneros que no son más que *carne*, y la *selección* natural mujeres que no son más que acción. Pero la misma fuerza ha obrado frecuentemente en otro sentido: la energía despótica del hombre y la necesidad de un hogar pacífico, para el trabajador rendido en la lucha del día, han desenvuelto en la mujer las cualidades del viejo fondo germánico; la temerosa reserva, la aptitud para la vida doméstica, el sentimiento del deber. Es la joven tímida hasta después de casada: cuando se la habla enrojece; si con todos los cuidados y precauciones posibles se procura hacerla salir del silencio en que se encierra, no demuestra sus sentimientos sino con extremada modestia, y se arrepiente al instante de haberlo hecho. Se halla á mil leguas de aspirar al mando, á la iniciativa y asimismo á la independencia. En todos los cuadros ingleses que he visto, el hombre es el jefe; en todos los italianos que acabo de ver, lo es la mujer.

No es esto asombroso, pues parece que ellos son amantes por naturaleza y llevan la indolencia en la masa de la sangre. Los cocheros y los conductores de las diligencias no hablan de otra cosa. Delante de una mujer, como en presencia de todo objeto bello ó brillante, llegan desde el primer momento á la admiración y al entusiasmo. *¡O quanto bella!* Veinte veces al día escucha esta explosión sincera y enfática. Se parecen á los actores, á los *mimos* que exageran. *¡Bello, bello, belli-*

simo palazzo! ¡La chiesa é magnífica, stupenda, tutta di marmo, tutta di mosaico!

Sus ojos les conducen y sus sentidos les guían. Cuando más se mirán las diversas razas, más innegables se muestran las aptitudes al placer. Algunas, apenas están desfloradas por el goce; otras son transportadas y combinadas por él. Entre las unas, el goce tiene el gusto de una manzana insípida; entre las otras se halla el sabor ardiente y delicioso de un racimo de doradas uvas. En unas, las cosas exteriores producen una serie casi continuada de tiernas sensaciones; en otras, un tumultuoso vaivén de extremas emociones. Según eso, el método corriente de la vida se ha cambiando; en toda alma, el atractivo es proporcionado al goce. Más adelante referiré tres historias, digna una de ellas especialmente del *Bandello* y del *Pecorone*; yo era confidente y casi testigo, en una pequeña villa, pero esas historias se cuentan, no se escriben. La lengua francesa no admite la dilatación del espíritu sencillo y desnudo; llama crudeza á la belleza; aquí se es más tolerante; á la verdad, se espía como en nuestras ciudades de provincia; pero la sociedad se contenta con reír; no excluye á *los amorosos*, no es gazmoña.

*
*
*

Las iglesias son ordinarias, inacabadas ó modernizadas, pero las esculturas son sorprendentes.

Las más preciosas están en Santo Domingo, sobre la tumba de este santo, decorada en 1231 por el restaurador del arte Nicolás de Pisa. Es el primer monumento que enseña el renacimiento de la belleza en Italia. Fijaos que, hasta este

instante, por medio de los dominicos y los franciscanos, el espíritu ascético volvía á dar un nuevo paso, que el arte gótico reinaba en Europa, franqueaba los Alpes y construía Asís. Y justamente, en la mayor fuerza de esta fiebre mística, sobre el sepulcro del primer inquisidor, un estatuario vuelve á encontrar la belleza viril de las formas paganas. Ninguna de sus figulinas es enfermiza, exaltada ó flaca; todas son robustas, sanas, á veces gozosas. Si tienen algún defecto, es exceso de fuerza. De ordinario, sus mejillas son demasiado aplastadas, el círculo de la cabeza demasiado macizo, el cuerpo es casi pesado. La gran Virgen del centro tiene la serenidad satisfecha de una buena y dichosa madre de familia; su *Bambino* es alto y saludable. La más viva y franca expresión de alegría perfecta brilla en el rostro de una madre cuyo hijo, muerto por su caballo, acaba de resucitar. Multitud de figuras de jóvenes doncellas, sobre todo una en el extremo izquierdo de la fachada, parecen florecientes y vigorosas cariátides griegas. Bajo la mano del artista, los personajes más ascéticos se han transformado en sí mismos; gran cantidad de gordas cabezas de frailes encapuchados se presentan risueñas y reales; domina en todas las figuras la placidez, la solidez, el buen humor. Así da vuelta en torno de los cuatro lados de la tumba la bella procesión de mármol, y las estatuillas que adornan el capitel, ejecutadas por Niccolò dell'Arce dos siglos más tarde, no hacen sino repetir con mayor grado de habilidad la misma concepción firme y libre; sobre todo dos jóvenes, uno al lado del otro, con cota de mallas el primero, calzado el segundo como los arcángeles de Perugino, tienen una actitud admirable de orgullo. Nada falta á esta urna para contener, en

algunas piedras cuadradas, todo el desenvolvimiento de la escultura. A la izquierda hay un ángel de rodillas, noble y sereno; un San Petronio grandioso y severo que tiene á la ciudad en la mano: ambos han sido tallados por el cincel de Miguel Angel, y desde el primero hasta el último maestro, todas las obras son de la misma familia, pagana, enérgica y membruda.

A pesar de eso, si se pasea por la iglesia se verá que en ese gran espacio de tiempo, en esos tres siglos, la idea primitiva no ha cedido. Un sepulcro de Tadeo Pepoli, en 1337, bello y sólido, no tiene ninguna gótica frivolidad; á los dos lados, dos santos de pie, tranquilos, con amplio manto, miran á una pequeña figura arrodillada que les ofrece una capillita.

Más lejos, el monumento de Alejandro Tartegno, en 1477, en un nicho cimbrado bordado de flores, de frutos, de cabezas de animales, de columnitas corintias, muestra, á la cabecera del muerto acostado, tres *Virtudes* de rostro amplio y risueño, con vestiduras ricamente cubiertas de hojas y con actitud rebuscada, aunque expresiva. Esos son los tanteos complicados, las mezcolanzas de ideas por las cuales en el siglo XV comienza el Renacimiento; pero entre los varios cursos de su pensamiento, el escultor ha guardado la misma raza de las figuras grabadas en su memoria, y es siempre el sentimiento de la osamenta humana, de la musculatura, de la vida desnuda y natural, el que le ha guiado.

Esta gran ciudad es triste y mala para habitar en ella. Muchos distritos (ó cuarteles) parecen desiertos. Los *golfos* juegan de día y duermen de noche en las plazas solitarias. Bastantes hoteles de forma monumental aparecen cerrados y me-

lancólicos como las antiguas casas de nuestras ciudades de provincia. Con afecto; esta era una ciudad provinciana gobernada por un legado del Papa; de una República agitada habíase hecho una ciudad muerta.

Hace uno que le indiquen el mejor café y sale de él al instante; es una casucha convertida en fumadero.

Contémpanse un instante dos torres inclinadas construidas en el siglo XII, cuadradas, extrañas, y que no tienen la elegancia de la de Pisa. Se ve la iglesia principal, San Petronio, basilica ojival con bella cúpula; su estilo es gótico italiano y de especie inferior; se piensa con pena en los hermosos monumentos de Pisa, de Sienna y de Florencia; el gobierno republicano y la libre energía inventiva no han dado aquí lo bastante para terminar su edificio: está sin concluir, cortado en dos; se ha blanqueado el interior, las tres cuartas partes de las ventanas se han tapiado; la fachada está sin acabar. Un falso día dejan penetrar las aberturas demasiado pequeñas del techo y de las paredes, que ocupan el lugar de los antiguos ventanales.

RÁVENA

Heme aquí en Rávena, en la más abandonada ciudad que darse pueda. ¡Qué hermosos paisajes los del camino y de las cercanías! En las regueras, en los barrancos, en las lagunas, y legua tras legua, á derecha é izquierda, los ojos encuentran siempre en los campos cultivados las interminables filas de olmos, en los que se entrelazan, caminando de tronco en tronco, los sarmientos tortuosos de las viñas.

Conversé con un eclesiástico del país, antiguo director de colegio. Aquí, en principios, el clérigo está á favor del Papa; pero toda la burguesía, todas las personas que tienen un poco de instrucción, la mayor parte de la nobleza, lo mismo aquí que en las restantes ciudades de Italia, son partidarios del nuevo estado de cosas.

Mi eclesiástico es liberal; aprueba con calor las escuelas y el ejército, que son las dos grandes instituciones presentes. Según él, el natural de este país es muy violento; al instante echa mano del cuchillo y hiere. (Lord Byron, en sus Memorias, les llama bellos tigres de dos patas.) Si han recibido una ofensa, embóscanse por la noche y matan al ofensor. Nada más útil que las escuelas para gentes semejantes; la instrucción, la reflexión, el razonamiento, son los únicos contrape-